

**REVISTA CIDOB D'AFERS
INTERNACIONALS 57-58.**
**Europa y la seguridad global en el
Mediterráneo.**

Laborismo, Likud y la colonización de los territorios ocupados: el fracaso de la paz.

Ferran Izquierdo Brichs.

Laborismo, Likud y la colonización de los territorios ocupados: el fracaso de la paz

Ferran Izquierdo Brichs*

RESUMEN

La continuidad en las posiciones del laborismo y del Likud respecto a los territorios ocupados palestinos es la causa principal del fracaso del proceso de paz en Oriente Medio. Los avatares ocurridos en diez años de negociaciones, sus avances y sus retrocesos, no se comprenden con la crónica del proceso. Es necesario retroceder en el tiempo y analizar la evolución de los planteamientos de los sectores políticos mayoritarios israelíes ante el objetivo de la colonización judía de Cisjordania y Jerusalén Este, y ante el problema del control de la población palestina en los territorios ocupados. Sólo así se pueden entender las diferentes posiciones de los gobiernos de Tel Aviv ante la paz y su negativa a dar el único paso que puede cerrar el conflicto: la retirada de todos los territorios ocupados en junio de 1967.

Palabras clave: Oriente Medio, acuerdos de paz, negociaciones.

El proceso de paz entre israelíes y palestinos parece haber descarrilado definitivamente tras diez años de malvivir. La imagen de este fracaso la encontramos en la *intifada* de al-Aqsa y la represión brutal israelí que ha anulado los avances de los acuerdos firmados en Washington en 1993 y 1995. El Gobierno de coalición israelí, aprovechando el clima creado por los atentados del 11 de septiembre, ha conseguido que la ocupación y la colonización de los territorios palestinos pasen a un lugar secundario de la agenda internacional, muy por detrás de la violencia que genera la misma ocupación. En un círculo vicioso maquiavélico y perfectamente calculado, el Gobierno en el que están reunidos los máxi-

*Profesor de Relaciones Internacionales. Universitat Autònoma de Barcelona

mos exponentes del nacionalismo israelí de la derecha, el laborismo y el fundamentalismo religioso legitima la ocupación, la represión y los asesinatos bajo el pretexto de la lucha contra una violencia que es consecuencia directa de la ocupación militar israelí.

La política del Likud en el proceso de negociaciones quedó clara en las palabras de Sharon ante el Parlamento israelí el 4 de marzo de 2002: "Si no sienten que han sido vencidos [los palestinos], no podremos regresar a la mesa de negociaciones"¹. El objetivo de la derecha nacionalista israelí es conseguir un interlocutor derrotado que ceda en sus aspiraciones y esté dispuesto a aceptar la oferta que le haga el Gobierno de Tel Aviv. Durante mucho tiempo, éste fue también el objetivo de la izquierda nacionalista. Sin embargo el laborismo parece que ha entendido que no se puede derrotar a un pueblo que lucha por su independencia. La resistencia palestina continuará, y se ha demostrado que lo hará a pesar de los terribles sacrificios que los ataques militares israelíes le están infligiendo. ¿Está la sociedad israelí, como potencia ocupante, preparada también para estos sacrificios? Hezbollah en Líbano y los grupos palestinos que han optado por seguir su modelo de lucha parecen estar convencidos de que no. Buena parte del laborismo seguramente está de acuerdo con ellos.

No así Sharon, que en el mismo discurso decía: "Los palestinos deben sufrir mucho más hasta que sepan que no obtendrán nada mediante el terrorismo". Sharon sabe perfectamente que el terrorismo es una respuesta a una relación asimétrica de poder y al abuso de su superioridad por parte del más fuerte. El castigo incrementado e indiscriminado, la ocupación y la represión, no harán más que abonar nuevos atentados y nuevos ataques guerrilleros palestinos. Y el Likud espera que esto, a su vez, le permita mantener su política de colonización y de ocupación militar de Cisjordania, Jerusalén Este y la Franja de Gaza, y aleje las presiones para una negociación real sobre el derecho a la auto-determinación de los palestinos y sobre el cumplimiento de las resoluciones de Naciones Unidas. Sin embargo, la población israelí y, sobre todo, la palestina están pagando un alto precio por el extremismo ideológico de la derecha israelí y por la incapacidad de la izquierda de devolver a los palestinos aquello que les arrebataron en 1967.

Las causas del fracaso del proceso de paz no están ni en la revuelta palestina ni en la represión, se tienen que buscar más lejos, en las posiciones políticas de aquellos que, por ser la potencia ocupante y los más poderosos, tienen la máxima responsabilidad, los gobiernos laboristas y del Likud en Israel.

Desde nuestro punto de vista, el punto de inflexión del proceso se encuentra en las conversaciones de Camp David en julio del año 2000. Allí se reunieron Barak, Arafat y Clinton, y fueron incapaces de llegar a un acuerdo definitivo para la creación de un Estado palestino. Israelíes y estadounidenses han descargado toda la responsabilidad del fracaso en Camp David sobre Arafat. Según las descalificaciones lanzadas mil veces por Washington y Tel Aviv, junto con la mayoría de los medios de comunicación occidentales, el líder palestino no supo dar su bendición a la mejor propuesta que podía recibir del Gobierno laborista de Tel Aviv porque no tenía ninguna voluntad de firmar la paz definitiva.

Un análisis más detallado de las conversaciones nos obliga a invertir la ecuación: ¿Por qué los laboristas fueron incapaces de hacer una oferta que Arafat no pudiera rechazar? Lo tenían todo a su favor, un Gobierno que los apoyaba y la presión brutal de la Administración de Washington, con el presidente Clinton al frente, sobre los palestinos que habían viajado a Camp David.

Ante el fracaso del *diktat* planteado por Barak en Camp David, el Gobierno laborista israelí cambió su táctica y trató de avanzar hacia una retirada unilateral a unas líneas fronterizas que se ajustaran a sus objetivos. Sin embargo, para ello necesitaban una posición más fuerte dentro de Israel, que sólo se podía conseguir con un Gobierno de unidad nacional. Barak inició un acercamiento a Sharon, cometiendo un enorme error, pues la intención de Sharon no pasaba en absoluto por una retirada de los territorios ocupados palestinos, ni tan siquiera parcial. La visita del líder del Likud a la Explanada de las Mezquitas en Jerusalén, con el permiso y el apoyo del Gobierno laborista, fue la chispa que encendió una *intifada* que muchos palestinos ya veían como la única vía para conseguir la liberación.

El fracaso de Camp David significaba, desde la percepción palestina, que el Gobierno israelí jamás se retiraría de los territorios ocupados mediante una negociación. En las mejores condiciones de negociación que podía desear la parte israelí, ésta hizo una oferta que ningún líder árabe podía aceptar. Así, la lucha de Hizbollah aparecía como el mejor modelo a seguir una vez fracasado el proceso de paz. Como veremos, los laboristas sólo fueron capaces de avanzar en la aproximación a los palestinos en enero del año siguiente, con las conversaciones en Taba, cuando ya era demasiado tarde pues habían perdido el Gobierno en manos de Sharon.

Para entender las dificultades de la sociedad israelí para adoptar una solución al problema palestino acorde con el derecho internacional y con las necesidades de la población palestina, tanto de los territorios como del exterior, debemos analizar dos aspectos distintos de la cuestión: la posición histórica del nacionalismo laborista y de la derecha ante el conflicto con los palestinos y las contradicciones de la sociedad israelí ante el proceso de paz. Este segundo nivel ya lo estudiamos con anterioridad², por lo que en este artículo nos centraremos en el primero.

EL LABORISMO, JERUSALÉN Y LOS TERRITORIOS OCUPADOS PALESTINOS

La relación de Israel con Cisjordania, Jerusalén Este y Gaza se definió en los primeros meses de ocupación. Jerusalén se convirtió desde el primer momento en una cuestión central en la política israelí. El 28 de junio de 1967, tres semanas después de la

ocupación, el Gobierno extendió la legislación israelí, su jurisdicción y la administración a la parte árabe de la ciudad, anexionándola de hecho a Israel. Inmediatamente después disolvió la municipalidad de Jerusalén Este y levantó las barreras que separaban las dos partes de la ciudad. Esta política de permeabilidad, diseñada por Moshe Dayan, también se siguió en el resto de los territorios ocupados. Dayan propugnó igualmente la necesidad de mantener los puentes abiertos con Jordania, tanto para el movimiento de población como de bienes, con la intención de que Amman continuara siendo la referencia para el futuro de los territorios ocupados palestinos³. La anexión de Jerusalén Este provocó el rechazo general en Naciones Unidas y, el 4 de julio, la Asamblea General votó la resolución 2253, invalidándola.

La política israelí hacia Jerusalén se dirigió a crear los hechos consumados que hicieran imposible una nueva división. Esta política consistía, por una parte, en la judaización de la población, a través del fomento de la colonización de Jerusalén Este y provocando la disminución de la población palestina, tanto con expulsiones directas y demoliciones de casas, como haciendo la vida cada vez más difícil a los palestinos de la ciudad para forzar su partida. Por otra parte, se planificó la separación física de Jerusalén Este del resto de Cisjordania. Para ello, se inició un programa de construcción de colonias para población judía que rodeaba la parte oriental de la ciudad.

La anexión de Jerusalén Este, y su integración a Israel, se convirtió en un objetivo asumido por la práctica totalidad de las fuerzas políticas israelíes, en un símbolo ideológico del sionismo reforzado por su importancia dentro del judaísmo. Sin embargo, de la misma forma que para el sionismo, Jerusalén también forma parte de la simbología ideológica y política palestina y árabe; y, de la misma forma que para el judaísmo, también forma parte de la simbología ideológica y religiosa del Islam y el cristianismo. Arafat es consciente de esta dimensión de Jerusalén cuando afirma: "(...) there is no higher priority than Jerusalem. We must give it top priority, not just as Palestinians and not just as Arabs, but also as Muslims and as Christians (...) It is our capital and yours"⁴. Y su futuro será tanto más difícil cuando no son solamente los israelíes y los palestinos los que tienen voz y opinión sobre la ciudad. La conquista de Jerusalén dio una dimensión más amplia al conflicto árabe-israelí, extendiéndolo al mundo musulmán.⁵

Tanto el nacionalismo laborista como el nacionalismo de la derecha, ya sea laico o religioso, considera Jerusalén indivisible, hasta el punto que en 1980 la Knesset votó una ley fundamental, con rango casi constitucional, proclamando en su punto primero que: "Jerusalem, whole and united, is the capital of Israel"⁶. Esta unanimidad en la consideración de Jerusalén aún se manifestaba recientemente cuando el laborista Yossi Beilin y el derechista Michael Eitan firmaron un documento conjunto, el 25 de enero de 1997, donde se decía:

"[punto] D. Jerusalén

1. Jerusalén, dentro de sus actuales fronteras municipales, es la capital del Estado de Israel y permanecerá como una ciudad unificada bajo soberanía israelí.

2. Los palestinos reconocerán a Jerusalén como capital del Estado de Israel y, a cambio, Israel reconocerá 'la sede de la autoridad' de la entidad palestina que estará dentro de las fronteras de la entidad palestina y fuera de las actuales fronteras municipales de Jerusalén"⁷.

La posición de las fuerzas políticas israelíes respecto al resto de los territorios ocupados estaba más dividida. En los primeros meses que siguieron a la guerra de junio, el Gobierno de Tel Aviv manifestó la intención de negociar la paz a cambio de la devolución de parte de los territorios conquistados en 1967. Sin embargo, más allá de las declaraciones, Israel no hizo ningún esfuerzo real para negociar e incluso despreció más de una oportunidad. La política de los gobiernos laboristas de Eshkol, Meir y Rabin, hasta 1977, fue la de permanecer en los territorios ocupados, colonizándolos y creando una partición *de facto*, mientras no hubiera negociaciones⁸. Durante este período, el diseño de la colonización de los territorios recayó en Yigal Allon, según el plan de su mismo nombre, y en Israel Galili.

El Plan Allon abogaba por una relación instrumental con los territorios ocupados en función de la seguridad de Israel. El nuevo mapa permitía un mayor despliegue militar y alejar el campo de batalla de los centros urbanos israelíes. La propuesta de Allon también comprendía la devolución de las zonas no estratégicas a los estados árabes que negociaran la paz, al tiempo que procuraba que las áreas de seguridad quedaran permanentemente integradas a Israel⁹. El Plan Allon nunca fue adoptado oficialmente, por lo que jamás se diseñó un mapa de devoluciones territoriales. Sin embargo, sí sirvió para trazar las líneas principales del mapa de colonias judías en los territorios ocupados, construidas bajo el laborismo en los primeros años de la ocupación. Posteriormente se ampliaron los objetivos y el territorio a colonizar.

La doctrina en la que se fundamentaba el Plan Allon no era nueva, pues había guiado al sionismo desde el inicio de su implantación en Palestina: basar la seguridad en la ocupación territorial¹⁰. Así, con los gobiernos laboristas, se estableció una estructura de colonias militares y civiles, apoyada por unas pocas ciudades y una red económica y comercial proyectada por Galili. El Plan Allon se dirigió principalmente al Valle del Jordán y a otras zonas de Cisjordania, aunque la misma filosofía se aplicó a la Franja de Gaza, a los Altos del Golán, al Sinaí norte y noroeste, a Sharm al-Sheij y a algún otro enclave en la costa del Mar Rojo.

Israel Galili potenció y amplió los objetivos del Plan Allon. Galili era partidario de la colonización de toda la Palestina histórica, lo que los sionistas llaman *Eretz Israel*. Para ello, además de las colonias "de seguridad", incentivó la colonización de los territorios poco poblados. En 1973, los laboristas adoptaron como plan rector el llamado Documento Galili, apoyado por Dayan. El Plan Galili marcaba una nueva política que impulsaba el movimiento de colonización de Cisjordania y la Franja de Gaza más allá de lo que Tel Aviv consideraba necesidades de seguridad. Además, fomentaba la creación de nuevas

colonias urbanas e industriales, rompiendo la tradición de la colonización agraria y dando un paso más hacia la integración de los territorios ocupados palestinos en Israel¹¹.

La nueva política laborista pronto sería abandonada por demasiado moderada con la llegada al poder del Likud en 1977. A partir de este año, la colonización de los territorios ocupados palestinos se convirtió en una prioridad gubernamental, con el objetivo de convertir en una realidad política y demográfica *Eretz Israel*¹². La conjunción del Likud en el Gobierno y del crecimiento de los grupos de la extrema derecha nacionalista, tanto religiosa como laica, potenció el movimiento colonio más ideologizado, que conseguiría cada vez más apoyo de la sociedad israelí. No obstante, también se vio rechazado por un amplio sector, polarizándose así la opinión pública alrededor del tema de la colonización de los territorios ocupados palestinos.

La nueva colonización no se limita a zonas concretas, sino que rodea completamente las poblaciones palestinas con asentamientos civiles y militares, con la intención de romper la continuidad territorial palestina y hacer imposible su separación y auto-determinación. También se aleja del Plan Allon al impulsar los asentamientos de colonos dentro de los núcleos urbanos palestinos¹³.

Así, desde la guerra de junio de 1967, la colonización de los territorios ocupados palestinos ha ido ganando importancia tanto por el hecho consumado que representa, como por el cambio ideológico y político que ha provocado en la sociedad israelí. Los territorios ocupados en 1967 se convirtieron en el principal escollo para la paz por la nula voluntad del Gobierno israelí de aceptar su devolución. Este rechazo fue provocado, desde el mismo 1967, tanto por razones ideológicas como de seguridad, aunque dependiendo de la zona dominaban unas u otras. Sin embargo, las primeras fueron ganando peso, creciendo así los obstáculos a una posible retirada israelí.

LA PROPUESTA DE CAMP DAVID (JULIO 2000)

La oferta que Clinton y Barak presentaron a Arafat en Camp David tenía mucho más de los viejos planes laboristas inspirados por Allon que de la resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU. El partido laborista, durante los años noventa, había tenido que ir olvidando la solución jordana, pues la renuncia del rey Hussein a los territorios palestinos la hacía imposible. Sin embargo, el mapa sobre el cual dibujaban un posible Estado palestino continuaba siendo el mismo y con la misma intencionalidad: ceder el control de la población pero no del territorio; un Estado palestino débil y de difícil viabilidad que debiera terminar unificándose con Jordania; mantener la anexión de Jerusalén, al menos en sus demarcaciones primitivas¹⁴; mantener el control territorial sobre zonas estratégicas como el Valle del Jordán, las áreas de recarga de los acuíferos y

los alrededores de Jerusalén; evitar el desmantelamiento de los principales asentamientos de colonos; controlar el espacio aéreo.

Según la propuesta presentada en Camp David, en lo referente al territorio, Israel debía anexionarse cerca del 10 por ciento, y otro 10 por ciento, a lo largo del Jordán, debía ser arrendado a largo plazo. La propuesta sobre Jerusalén suponía un pequeño progreso, pues aceptaba la doble capitalidad, si bien la mayor parte de Jerusalén Este continuaba en manos israelíes. Los territorios palestinos de Cisjordania quedarían divididos en tres partes por dos grandes bloques de colonias anexionados a Israel (ver mapas). El futuro Estado tendría una soberanía limitada en aspectos como la política exterior, la seguridad y el control de las fronteras que quedarían en manos israelíes. Por otra parte, los laboristas no aceptaron dialogar sobre los refugiados, problema sobre el cual no se planteó ninguna solución¹⁵.

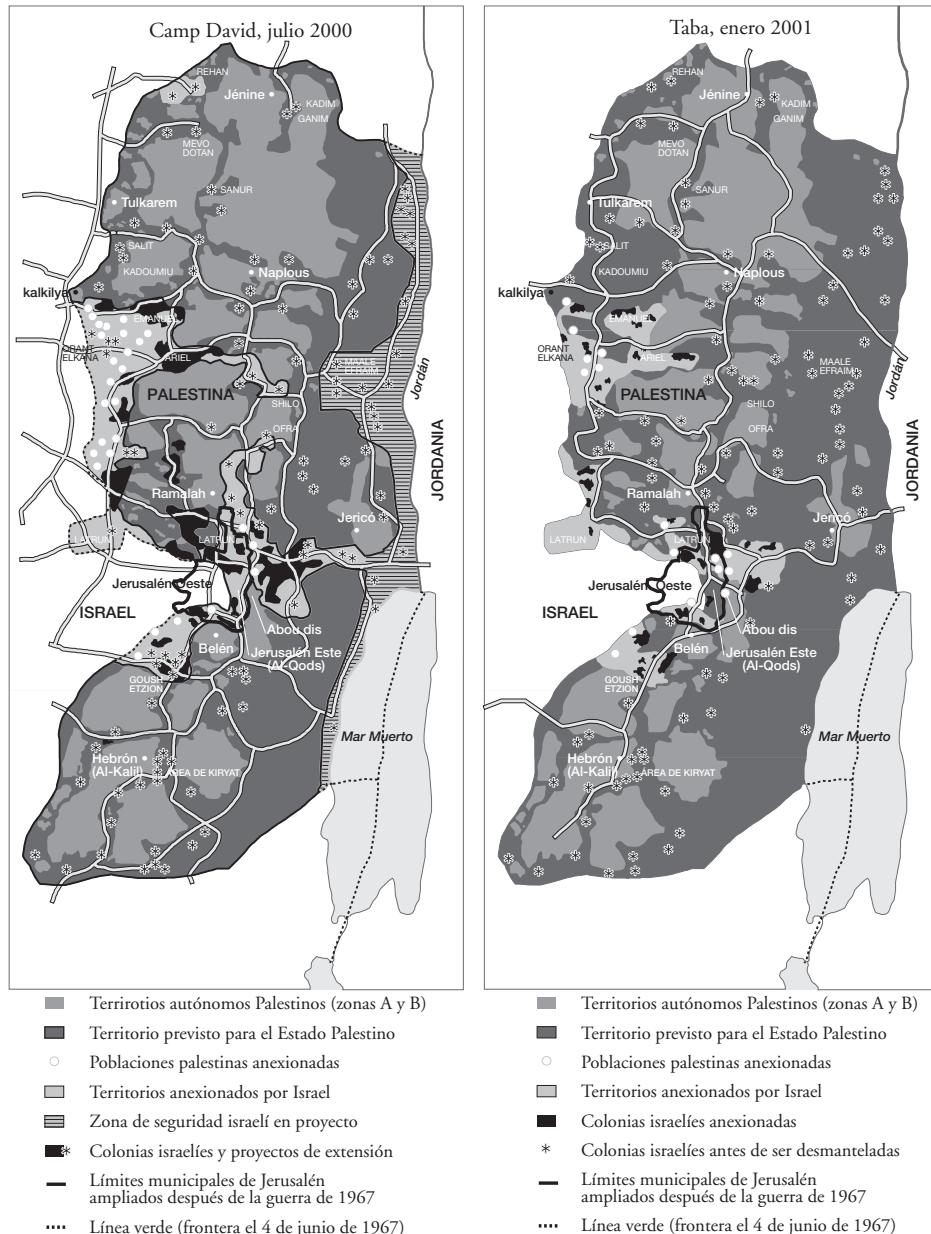
Esta oferta, claramente insuficiente para los palestinos, fue presentada como generosa y la mejor posible por parte de Israel. Esto significaba el fin del proceso de paz tal y como se había estado desarrollando hasta el momento. El Gobierno laborista israelí no fue capaz de ofrecer una solución final basada en el derecho internacional y las aspiraciones básicas palestinas. En Camp David se demostró que el laborismo israelí no estaba dispuesto a arriesgar su permanencia en el poder para imponer una solución del problema palestino a una sociedad israelí que no estaba preparada para una paz justa.

La mayor parte de la población y de las élites palestinas llegaron a la conclusión de que, para conseguir la liberación y el Estado propio, los mecanismos negociadores del proceso de paz eran insuficientes y que Israel, sin una mayor presión, no devolvería los territorios ocupados en junio de 1967. La respuesta de Barak al fracaso de Camp David les reafirmó en esta percepción. La culpabilización de Arafat por no ceder a las presiones de Tel Aviv y Washington, y los esfuerzos del laborismo para acercarse al Likud, que culminaron en el permiso a Sharon para que entrara en la Explanada de las Mezquitas de Jerusalén, eran señales de la nula voluntad laborista de avanzar en la negociación.

La provocación de Sharon en al-Aqsa, el 28 de septiembre de 2000, fue el principio de la caída del Gobierno laborista y la chispa que desencadenó la nueva *intifada*. La brutal represión del ejército israelí bajo las órdenes del laborista Barak, y los atentados de los islamistas y el nacionalismo radical palestino, desencadenaron una doble dinámica que condujo a dos direcciones contradictorias: las conversaciones en Taba y el Gobierno de Sharon.

En diciembre de 2000, poco antes de su fallecimiento, Faisal Husseini escribía un artículo que todavía contenía algo de esperanza para la negociación. Husseini decía que, en un momento u otro, israelíes y palestinos deberían volver a la negociación, pero en un proceso distinto del que había fracasado. Husseini reclamaba negociar sobre la base del respeto al derecho, y también protección internacional para la población palestina¹⁶. Esta nueva negociación estaba más cerca de lo que podía imaginar, pero también destinada a

Mapas: propuestas israelíes



Fuente: <http://www.monde-diplomatique.fr/cartes/taba2001>

un nuevo fracaso. La presión de la *intifada* y los sondeos que auguraban una derrota aplastante de Barak en las elecciones de febrero y la caída del Gobierno, condujeron a una parte del laborismo a abrir nuevas conversaciones con los palestinos en enero de 2001.

Las conversaciones de Taba fueron una grata sorpresa para los palestinos y, al mismo tiempo, una decepción, porque todos sabían que llegaban demasiado tarde. Los sondeos auguraban una victoria aplastante de Sharon en las elecciones del 6 de febrero de 2001. En Taba, los laboristas no ofrecieron todo lo que los palestinos podían esperar, pero sí pusieron sobre la mesa una propuesta que permitía avanzar en el diálogo. Los mapas de Taba y la cuestión de Jerusalén, más próximos a la resolución 242, eran muy distintos de la posición mantenida en Camp David¹⁷. También se aceptaba la negociación sobre los refugiados desde un punto de partida que se quería acercar a la resolución 194 de la Asamblea General de Naciones Unidas. El encuentro de Taba abría una puerta a la esperanza, aunque se volvería a cerrar pocos días más tarde con la llegada al poder de Sharon y el Gobierno de coalición del Likud con el partido laborista. Posteriormente, la colaboración del sector mayoritario del laborismo, con Peres y Barak al frente, con el Likud de Sharon, junto con la defensa de Shlomo Ben Ami del *diktat* presentado en Camp David, han hecho temer que la propuesta israelí de Taba sólo representaba a un sector minoritario de la izquierda israelí. Sin embargo, lo conseguido en la ciudad del Sinaí egipcio será una luz que debería guiar nuevas negociaciones.

La otra dinámica, desencadenada por el fracaso de Camp David y la provocación de Sharon en la Explanada de las Mezquitas, es la vuelta al poder del nacionalismo de la derecha aliado al nacionalismo laborista. Los gobiernos de coalición de los dos partidos mayoritarios siempre se han caracterizado por el dominio de la posición del Likud en lo referente a la cuestión palestina. Y ésta es contraria a la negociación y tiene el objetivo de mantener el control de toda la Palestina histórica.

LA DERECHA NACIONALISTA ISRAELI Y LOS TERRITORIOS OCUPADOS PALESTINOS

La estrategia del Likud ante los territorios ocupados palestinos siempre fue la de no entrar en un proceso negociador del que la salida más probable sería la devolución de una parte considerable de Gaza y Cisjordania. Los gobiernos ultranacionalistas no escondían su intención de usar el tiempo para crear hechos consumados que hicieran imposible la retirada. Como máximo veían una autonomía palestina como un acuerdo final, no como una situación transitoria. Los laboristas, por su parte, eran conscientes de que cuánto más se alargara la ocupación más difícil sería encontrar una salida política al pro-

blema. No obstante, siguiendo su tradicional política de no renunciar a territorio si no se veían obligados, no tenían ninguna prisa por modificar un *statu quo* en el que no se sentían incómodos¹⁸.

La política del Likud hacia los territorios ocupados, que se hizo patente desde 1977, adquirió toda su virulencia y voluntad de perpetuación con el Gobierno de 1981, y se mantuvo con la colaboración laborista en los gobiernos de unidad nacional hasta 1992. Se dio un nuevo impulso a la colonización judía de Cisjordania, institucionalizando el proceso de expropiación de tierras y aboliendo la ley que prohibía la compra privada judía de suelo árabe en los territorios ocupados. Además, se inició la creación de asentamientos de tipo urbano, que se abrían a toda la sociedad israelí, más allá de los militantes ideologizados tipo *Gush Emunim*, y se incentivó la colonización con ayudas fiscales y fuertes inversiones en la construcción de viviendas más amplias y baratas que las del interior de Israel. La estrategia de construcción de asentamientos, apropiación del territorio y colonización como hechos consumados que crearan una situación irreversible, encajaba perfectamente con el proyecto de autonomía administrativa para la población palestina¹⁹.

La relación con la población palestina pasó de la política de Dayan de no intervención en los asuntos locales palestinos a una política activa. El Likud consideraba que la táctica de Dayan había facilitado la implantación de la OLP en los territorios ocupados. Los hombres apoyados por la organización palestina habían ganado la mayoría de cargos en las elecciones locales de 1976, por lo que se imponía una purga del liderazgo palestino de individuos afectos a la OLP y su sustitución por unos dirigentes que colaboraran con la autoridad israelí. La Orden Militar 949 estableció una administración civil para los asuntos locales que no fueran de carácter militar. La nueva administración debía servir para iniciar el proceso de autonomía palestina según el plan de Begin y los acuerdos de Camp David, y transformar la ocupación de un sistema temporal a permanente. Sin embargo, para ello se necesitaba un mínimo de colaboración palestina²⁰.

Los esfuerzos israelíes se dirigieron a debilitar la implantación de la OLP en Gaza y Cisjordania. Se hicieron depuraciones de las instituciones locales, aumentó la represión y la censura, se permitió la creación de grupos de "vigilantes" entre los colonos más fanatizados, que actuaban contra los palestinos, y se intentó instaurar una nueva élite palestina colaboracionista. La táctica que siguió el nuevo administrador civil, Menahem Milson, fue la de intentar dividir a los palestinos. La OLP era más fuerte en las ciudades y Milson intentó impulsar un nuevo liderazgo que surgiera de los notables rurales y que se enfrentara a la burguesía urbana. Para ello creó la *Liga de los Pueblos*, a través de la cual aquellos que colaboraran con la autoridad israelí serían favorecidos con cargos, financiación, empleo y otras facilidades. La *Liga de los Pueblos* debía contrarrestar la fuerza del *Comité de Dirección Nacional*, en el que se reunían los alcaldes surgidos de las elecciones de 1976. No obstante, el efecto conseguido fue el contrario, ya que debilitó a los grandes clanes y a los notables que se prestaron a colaborar con el Gobierno israelí,

aumentando la tensión entre las estructuras tradicionales de poder y los jóvenes cercanos a la OLP, que ganaron en prestigio y en apoyo popular al resistir contra el ejército ocupante. El rechazo a la *Liga de los Pueblos* se generalizó e incluso el Gobierno jordano amenazó con acusar de traición a los colaboracionistas. La respuesta del Gobierno israelí fue una oleada represiva contra los alcaldes del *Comité de Dirección Nacional* y su ilegalización en 1982. La política del Likud provocó mayores protestas en los territorios ocupados, que eran reprimidas con dureza, iniciándose una escalada de tensión que culminó con la *intifada*²¹.

El estallido de la *intifada*, el 8 de diciembre de 1987, marcó el inicio de una nueva etapa en la ocupación israelí de la Franja de Gaza, Cisjordania y Jerusalén Este. A partir de aquel momento Israel empezó a sentir los costes de la ocupación, que se reflejaron tanto en el interior, en el ámbito económico, político y anímico, como en la relación con el exterior occidental y árabe. La lucha de los jóvenes con piedras no se inició en el vacío, pues la tensión y los incidentes y revueltas eran viejos y habían ido en incremento en los años ochenta, pero supuso un salto cuantitativo y cualitativo impresionante, con la pérdida del control israelí de la población de los territorios ocupados²².

La sociedad israelí vivía un claro consenso en el mínimo denominador común respecto a los palestinos: Israel no podía continuar gobernando a los palestinos de los territorios ocupados²³. Según el punto de vista del Likud, que ha permanecido prácticamente inalterado hasta la actualidad, la autonomía era para la población, no para el territorio. Se separaban los derechos políticos del pueblo palestino de sus reivindicaciones territoriales²⁴. Se puede ver, pues, que lo que pareció un gran avance en la negociación de Oslo de 1993, al marcar una retirada parcial en la Franja de Gaza y un redespliegue del Ejército israelí, no era más que la consecuencia lógica de una política de mínimos aceptada, en este aspecto, incluso por el Likud, pues sólo se semiliberaban algunas aglomeraciones de población.

La posición del Likud ante el conflicto con los palestinos no había variado un ápice desde las negociaciones con Egipto en Camp David. Autonomía administrativa para los palestinos en *Eretz Israel*, sin ninguna cesión territorial, o, como lo resumía el diputado Ze'ev Begin: "Our Zionist stand is based on the Zionist goal: the creation of a safe haven for the Jewish nation in the Land of Israel. It rests on two pillars: the right of the Jewish nation to the Land of Israel; and the right of the Jewish state to national security, to allow its sons and daughters to live in freedom", y más adelante añadía: "It should be stressed that the agreement between Egypt and Israel concerning Arab autonomy pertains not to the territory of Samaria, Judea and Gaza, but to its Arab inhabitants."²⁵

Según la visión del Likud, se debía mantener el statu quo para crear los hechos consumados que hicieran irreversible la ocupación de toda Palestina. Así, desde la perspectiva de Shamir no había ninguna razón para avanzar en el proceso de paz, pues el tiempo jugaba a su favor y los incentivos de la paz no compensaban la devolución de los territorios ocupados y la posible creación de un Estado palestino vecino²⁶. El Gobierno del Likud

continuó impulsando la construcción de nuevos asentamientos en Cisjordania y, en su política de ganar tiempo, paralizó el proceso de paz con cuestiones de procedimiento²⁷.

La oposición del Likud a la negociación con los palestinos no era tanto por el resultado inmediato que, como hemos visto, se ajustaba bastante a sus propios planteamientos, sino porque podía conducir a la devolución de Cisjordania y a la creación de un Estado palestino. La política del Gobierno de la derecha, ante el proceso de paz, se dirige pues a evitar o minimizar la devolución tanto de territorio como de soberanía, para lo cual sigue la misma estrategia de estancamiento del proceso y de hechos consumados en la colonización que ya ideó Isaac Shamir.

La política de hechos consumados del Likud se centra en los eslabones más débiles del proceso: los asentamientos de colonos y Jerusalén. El Gobierno de Israel, en el nuevo contexto regional e internacional, tan solo puede sentir presión para negociar desde su propia opinión pública o desde Washington. Estados Unidos no sólo no prensiona a Israel, sino que parece apoyar su política de asentamientos y de anexión de Jerusalén, como se demostró al vetar una resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, que pedía que se detuviera la construcción de nuevos asentamientos en Jerusalén Este, tras la decisión del Gobierno israelí de crear una nueva colonia en el monte de Abu Ghneim, separando Jerusalén Este de Belén, en febrero de 1997²⁸. El *lobby* judío ha conseguido una fuerza enorme en todos los eslabones de la carrera política norteamericana, con lo que su influencia abarca todos los peldaños, desde los estados hasta la Presidencia. De la misma forma, la mayoría de nombres que forman el núcleo de la política hacia Oriente Medio han trabajado con instituciones cercanas al *lobby* judío²⁹. Así, es extremadamente difícil que un presidente o un secretario de estado, aun queriendo (que no es ni fue el caso) ose enfrentarse al *lobby* judío y a sus partidarios por una cuestión que está cada vez más alejada del interés nacional estadounidense.

CONCLUSIONES

El proceso de paz que se inició en Madrid en 1991 y se afianzó en Oslo en 1993 ha fracasado. Las razones, desde nuestro punto de vista, hay que buscarlas en la política de los principales partidos israelíes. El laborismo, hasta la actualidad, ha sido incapaz de afrontar la responsabilidad ante Israel y ante los palestinos de la devolución de los territorios ocupados en junio de 1967. Y esto ha sido así porque éste no ha sido su objetivo en ningún momento. Los distintos gobiernos laboristas han puesto en evidencia que sólo avanzarán en la liberación de territorios forzados por las circunstancias y hasta donde sea inevitable. Esto sólo puede tener una consecuencia: una resistencia palestina cada vez más desesperada.

Por parte de la derecha, si una cosa se debe reconocer al Likud es la coherencia y la perseverancia en su acción política y de gobierno. Desde finales de los años ochenta hasta la actualidad, los gobiernos de Shamir, Netanyahu y Sharon han mantenido la misma política y el mismo esfuerzo para conseguir los objetivos que ya se plantearon con Begin: conservar y colonizar Cisjordania y Jerusalén Este, aunque para ello se deba ceder una cierta autonomía de gobierno a la población palestina. Y se han acercado a ellos más que en ningún otro momento de la historia de Israel.

El proceso de paz situó a los palestinos donde los quería el Likud. El control de la población palestina, incluida la represión de la resistencia a la ocupación, pasó a ser responsabilidad de la Autoridad Nacional Palestina (ANP). Con los acuerdos de Oslo A y Oslo B, la administración de la mayoría de las ciudades y campos de refugiados quedó en manos de la autoridad palestina, mientras que el control del territorio continuaba en manos israelíes. El sueño de los gobiernos de Tel Aviv desde junio de 1967 se había hecho realidad.

Tras el 11 de septiembre, con el nuevo clima internacional, se ha pasado a exigir a la ANP que ejerza este control. Esta exigencia no sólo viene de los gobiernos israelí y estadounidense, también la Unión Europea se ha sumado a las presiones sobre Arafat. Se ha dejado de lado el hecho que Palestina está en una situación de ocupación militar y de represión brutal a manos del ejército israelí, que la ANP no tiene medios para responder a las necesidades mínimas de una población cada vez más empobrecida, que la ayuda internacional ha ido dirigida principalmente a la creación y mantenimiento de los cuerpos policiales porque esto le convenía a Israel, y que la poca ayuda destinada a infraestructuras ha sido inútil, pues todo lo construido ha sido ahora bombardeado por el ejército israelí. En definitiva, Palestina se encuentra en la peor situación desde la guerra de 1948. Ante este panorama, quizás sea esperar demasiado que una autoridad política tenga la fuerza y legitimidad suficiente para ejercer el control policial que se le exige desde Occidente.

No obstante, Sharon y Peres aprovecharon esta situación para impulsar una campaña de desprecio contra Arafat que sólo puede dificultar todavía más las negociaciones de paz. Pero el objetivo del Gobierno israelí no es la paz, sino mantener la ocupación. Para ello, ha recuperado la política de sustitución del liderazgo que ya intentó con la *Liga de los Pueblos*. Si, tras provocar la caída del líder palestino, Tel Aviv consiguiera colocar un liderazgo todavía más débil a sus intereses, le sería más fácil negociar y, además, haría prácticamente inevitable un enfrentamiento entre palestinos, lo que le daría el pretexto para mantener la ocupación. Si, por el contrario, fueran los sectores más radicales los que se hicieran con el poder en la Autoridad Nacional Palestina, Israel también recibiría la bendición internacional para mantener la ocupación y eliminar el poder palestino.

Ante las tentaciones del Gobierno israelí y la violencia de la ocupación militar, Estados Unidos lanzó la iniciativa de la resolución 1397 del 12 de marzo de 2002 (S/Res/1397 [2002]), en la que el Consejo de Seguridad, por vez primera, afirmaba ver

el futuro de la zona con dos estados, Israel y Palestina. Con esta resolución, la posición de la Administración norteamericana parece acercarse a la de los laboristas en Israel.

Por una parte, la decisión de apoyar la existencia futura de un Estado palestino, en el momento en que el Gobierno israelí había reocupado prácticamente toda Cisjordania, fue un aviso a Sharon de que sus intenciones de limitarse a una autonomía administrativa de la población palestina no serían aceptadas por las potencias internacionales.

Por otra parte, los matices de la resolución implicaban una coincidencia total con los objetivos laboristas. El Consejo de Seguridad se limitó a anunciar dos estados dentro de fronteras seguras y reconocidas. Era el mismo matiz que hacía Javier Solana pocos días después, durante la cumbre europea de Barcelona, al hablar de fronteras claras y defendibles. Este matiz abre la puerta a las teorías de Israel para no respetar la resolución 242 y reducir el espacio palestino en Cisjordania, pues cuando se habla de seguridad en la zona, siempre se trata de la seguridad israelí, no de la palestina o la árabe.

Es la paradoja que Israel y Estados Unidos han conseguido imponer: el Estado que ha provocado y ganado más guerras, que mantiene la ocupación de la Franja de Gaza, Cisjordania con Jerusalén Este, los Altos del Golán y territorios libaneses, que tiene la bomba atómica y una superioridad militar aplastante sobre todos los otros actores de la región reunidos, y evidentemente sobre un posible Estado palestino que nacerá desmilitarizado, este Estado exige garantías de seguridad y se permite mantener la ocupación con este argumento, y no admite que los agredidos exijan seguridad desde la debilidad.

Finalmente, la resolución puede servir para preparar el camino a una retirada unilateral israelí de algunos territorios ocupados, según su propio mapa, siguiendo lo que era el proyecto de Barak tras el fracaso de la cumbre de Camp David. La resolución también puede abrir el camino a la imposición de una solución desde el exterior, lo que, dada la coyuntura internacional y el papel que está jugando Estados Unidos, significaría una solución adaptada a los planes del laborismo israelí. Una u otra salidas situarían a la Autoridad Nacional Palestina en una posición difícil y con mucha presión para aceptarla y, además, con la responsabilidad de un Estado para hacer frente a la lucha de liberación de los territorios que permanecieran bajo control israelí, ya que, a partir de aquel momento, se entendería como una agresión a Israel desde el Estado palestino.

Para concluir, parece claro que la sociedad israelí está dividida ante la paz y que las dos corrientes de opinión mayoritarias continúan proponiendo soluciones inaceptables para la población palestina y el derecho internacional. Sólo la presión de Estados Unidos y la Unión Europea, o de la *intifada* palestina, parecen capaces de hacer avanzar las posiciones laboristas hacia una solución justa. Sin embargo, la primera se limita a las declaraciones diplomáticas que nunca han tenido ningún efecto sobre los gobiernos israelíes, y la segunda está provocando más dolor y muerte en una región que ya ha visto demasiado.

Referencias bibliográficas

- AL-MALKI, M. "Clans et partis politiques dans trois villages palestiniens", *Revue d'Études Palestiniens*. No. 52, (1994).
- ALLON, Y "Israel: the case for defensible borders". *Foreign Affairs*. No. 55, 1, (1976).
- ALVAREZ-OSSORIO, I. "La paz truncada. Los asentamientos israelíes en Gaza, Cisjordania y Jerusalén". *Nación Árabe*. No. 31-32, (1997).
- Begin, Ze'ev "The Likud Vision for Israel at Peace". *Foreign Affairs*. No. 70, 4, (1991).
- COBBAN, H. *The Palestinian Liberation Organisation. People, Power and Politics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1984.
- GOTTLIEB, G. "Israel and the Palestinians". *Foreign Affairs*. No. 68, 4, (1989).
- GRESH, A. "Comment la paix a été manquée", *Le Monde Diplomatique*, (septiembre 2001).
- HARKABI, Y. "World Order and the Arab-Israeli Conflict", en Rubin, Ginat y Maoz (eds.) *From War to Peace - Arab-Israeli Relations 1973-1993*. Brighton: Sussex Academy Press, 1994.
- HUSSEINI, F. "Le compromis manqué de Camp David", *Le Monde Diplomatique*, (diciembre 2000).
- IZQUIERDO, F. "Israel: la división ante la paz", *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*. No. 48, (1999).
- KIMMERLING, B. y MIGDAL, J.S. *Palestinians. The Making of a People*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1994.
- LEWIS, S.W. "The United States and Israel: Constancy and Change". En QUANDT (ed.) *The Middle East. Ten Years after Camp David*. Washington D.C.: The Brookings Institution, 1988.
- LUKACS, Y. *The Israeli-Palestinian Conflict, a documentary record 1967-1990*. Cambridge, New York: Cambridge University Press, 1992.
- PELEG, I. "The Impact of the Six Day War on the Israeli Right: A Second Republic in the Making?" En LUKACS y BATTAH (eds.) *The Arab-Israeli Conflict. Two Decades of Change*. Boulder, Londres: Westview Press , 1988.
- PERETZ, D. "Israeli Policies Toward the Arab States and the Palestinians Since 1967". En LUKACS y BATTAH (eds.) *The Arab-Israeli Conflict. Two Decades of Change*. Boulder, Londres: Westview Press, 1988.
- PERLMUTTER, A. *Israel*. Madrid: Espasa Calpe, 1987.
- SAHLIYEH, E. "Jordan and the Palestinians". En Quandt (ed.) *The Middle East. Ten Years after Camp David*. Washington D.C.: The Brookings Institution, 1988.
- SAUNDERS, H.H. *The Other Walls. The Politics of the Arab-Israeli Peace Process*. Washington D.C.: American Enterprise Institute for Public Policy Research, 1985.
- SELIKTAR, O. *New Zionism and the Foreign Policy System of Israel*. Londres, Sydney: Croom Helm, 1986.
- STORK, J. "EEUU y la cuestión palestina", *Anuario CIP 1993-1994*, 1994.
- TELHAMI, S. "Israeli Foreign Policy After the Gulf War". En SPIEGEL (ed.) *The Arab-Israeli Search for Peace*. Bouder, Londres: Lynne Rienner Publishers, 1992.
- TESSLER, M. "The Camp David Accords and the Palestinian Problem". En MOSELY, LESCH y TESSLER (eds.) *Israel, Egypt and the Palestinians. From Camp David to Intifada*. Bloomington, Indianapolis: Indiana University Press, 1989.

- TINCQ, H. "Le début d'une réconciliation". *Problèmes politiques et sociaux*. No. 738-739, (1994).
- VILANOVA, P. *Jerusalén. El proceso de paz en Oriente Medio*. Barcelona: Icaria editorial-CIDOB edicions, 1999.
- ZARTMAN, W.I. "The Negotiation Process in the Middle East". En SPIEGEL (ed.) *The Arab-Israeli Search for Peace*. Bouder, Londres: Lynne Rienner Publishers, 1992.
- ZUNES, S. "The strategic functions of U.S. Aid to Israel". *Middle East Policy*, Vol. IV. No. 4, (1996).

Notas

1. *El País* (5 de marzo de 2002: 1) "La represalia de Israel causa 20 muertos palestinos".
2. Ver Izquierdo, F. "Israel: la división ante la paz", *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, No. 48, (1999).
3. Kimmerling y Migdal (1994: 242).
4. "PLO Chairman Yasir Arafat, speech on Jerusalem to South African Muslims, Johannesburg, 10 May 1994", *Journal of Palestine Studies* (Autumn 1994: 132).
5. En un plano más concreto, Jordania no quiere alejarse de la administración de los lugares santos musulmanes, al mismo tiempo que reconoce a la OLP como el único interlocutor válido para la negociación del futuro político de la ciudad (ver "Jordanian government, official statement on role in Jerusalem, Amman, 28 July, 1994", *Journal of Palestine Studies* [Autumn 1994: 136]). E incluso el Vaticano tiene una participación activa en el conflicto por Jerusalén (ver Tincq [1994: 59-60]). Sobre la cuestión de Jerusalén y su papel en el propuestas de paz, ver Vilanova, Pere *Jerusalén. El proceso de paz en Oriente Medio*. Barcelona: Icaria editorial-CIDOB edicions, 1999.
6. "Law Enacted by Israel's Knesset Proclaiming Jerusalem the Capital of Israel. Jerusalem, 29 July, 1980" [Lukacs 1992: 198]. El rechazo internacional a esta decisión unilateral del Gobierno israelí ya se había manifestado un mes antes en el punto octavo de la Declaración Europea de Venecia, del 13 de junio de 1980, donde se decía: "8. The Nine recognize the special importance of the role played by the question of Jerusalem for all the parties concerned. The Nine stress that they will not accept any unilateral initiative designed to change the status of Jerusalem (...)" (Lukacs [1992: 18-19]). La condena internacional también se expresó, inmediatamente después del voto de la ley, en la resolución 478 del Consejo de Seguridad de las NNUU, del 20 de agosto de 1980, en la que se la considera una violación del derecho internacional y, además, declara nulas todas las disposiciones legislativas y administrativas adoptadas por Israel que modifiquen el carácter y la condición de la ciudad.
- 7 "Acuerdo Nacional para las Negociaciones sobre el Estatuto Final con los Palestinos", *Nación Arabe* (primavera-verano 1997: 88).
8. Perlmutter (1987: 221).
9. Para la propuesta concreta del Plan Allon ver: Allon (1976: 38-53).

10. La seguridad y la colonización se confunden en el sionismo desde sus inicios hasta la actualidad, cuando todavía se usan argumentos de seguridad para justificar la construcción de nuevas colonias en Cisjordania o Jerusalén.
11. "The 'Galili Plan' -Statement by Government Ministers of the Israeli Labour Party on Proposed Policy in the Occupied Territories. August, 1973" (Lukacs [1992: 184-187]).
12. Para una definición de la política del Likud hacia los territorios ocupados palestinos se puede ver: "Fundamental Policy Guidelines of the Government of Israel as Approved by the Knesset, 5 August, 1981", en Lukacs (1992: 199-200).
13. Alvarez-Ossorio (1997: 71-72).
14. Israel amplió la municipalidad de Jerusalén para justificar la anexión de un mayor territorio. La oferta de devolución a los palestinos se centró principalmente en algunos de estos nuevos barrios de Jerusalén que habían sido pueblos independientes, sin volver a la Línea Verde de 1948.
15. Gresh, Alain (septiembre 2001: 14) "Comment la paix a été manquée", *Le Monde Diplomatique*.
16. Husseini, Fayçal (diciembre 2000:19) "Le compromis manqué de Camp David", *Le Monde Diplomatique*.
17. Ver mapa. Para un comentario de las negociaciones de Taba ver: Gresh, Alain (septiembre 2001: 14-15) "Comment la paix a été manquée", *Le Monde Diplomatique*. Y en Foundation for the Middle East Peace (March-April 2001) "Deconstructing the Taba Talks", *Report on the Israeli Settlement in the Occupied Territories*, vol. 11, No. 2 (<http://www.fmep.org/reports/2001/v11n2.html>). Los comentarios del mediador europeo Moratinos se pueden encontrar en http://www.nodo50.org/csca/palestina/moratinos_26-02-02.html
18. Saunders (1985: 44-45).
19. Seliktar (1986: 227-228); Tessler (1989: 13).
20. Seliktar (1986: 228); Peretz (1988: 34-35); Peleg (1988: 65).
21. Majid al-Malki (1994: 110-111); Cobban (1984: 118-119); Sahliyeh (1988: 308-309).
22. Entre 1968 y 1975 la autoridad militar israelí contabilizó una media de 350 incidentes al año; entre 1976 y 1982, se acercó al millar; entre 1982 y 1987 saltó a cerca de 3.000; mientras que en los primeros seis meses de la *intifada* se contabilizaron 42.355 incidentes (Kimmerling y Migdal [1994: 262]).
23. Evidentemente no incluía a los palestinos de Jerusalén.
24. Gottlieb (1989: 112, 115).
25. Begin, Ze'ev (1991: 21). Samaria y Judea es la denominación que dan los israelíes a Cisjordania, sin Jerusalén.
26. Telhami (1992: 52); Zartman (1992: 66); Harkabi (1994: 227).
27. Durante la campaña electoral de 1992, Shamir manifestó que unos pocos años más de gobierno del Likud asegurarían que nunca podríaemerger un Estado palestino ("Shamir rules out Palestinian state", *Jordan Times* [5-5-1992: 1]). Y, una vez perdidas las elecciones, afirmó que había seguido una política que habría mantenido las conversaciones durante diez años más (Nermeen Murad [4-11-1992: 1] "Najjab: No progress in peace talks unless Israel changes its attitude", *Jordan Times*).
28. Lamis Andoni (*Jordan Times* [16-3-1997: 1,7] "U.S. finds limited options in effort to resume Israeli-Palestinian talks").
29. Lewis (1988: 218); Zunes (1996: 95); Stork (1994: 98-100).